

# EL DÍA QUE CHARLY SALTÓ

*(y otras crónicas salvajes de rock)*



Carlos Polimeni

# Índice de contenido

Portadilla

Prólogo

1. Charly García

2. Luis Alberto Spinetta

3. Federico Moura

4. Andrés Calamaro

5. Fito Páez

6. Indio Solari

7. Miguel Abuelo

8. León Gieco

9. Fricción

10. Gustavo Cerati

El día en el que Charly saltó  
(y otras crónicas salvajes de rock)

**EL DÍA EN EL QUE CHARLY SAL-  
TÓ**  
*(y otras crónicas salvajes de rock)*  
Carlos Polimeni

Polimeni, Carlos

El día que Charly saltó / Carlos Polimeni. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2017.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-950-49-6082-9

1. Rock. 2. Anécdotas. I. Título.

CDD A863

© 2017, Carlos Federico Polimeni

Diseño de cubierta e interior: Denise Rubinstein

Corrección: Teodora Scoufalos

Todos los derechos reservados

© 2017, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Publicado bajo el sello Planeta®

Independencia 1682, (1100) C.A.B.A.

[www.editorialplaneta.com.ar](http://www.editorialplaneta.com.ar)

Primera edición en formato digital: diciembre de 2017

Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-950-49-6082-9

## Prólogo

Nadie me narró las historias que cuento en este libro. Son parte de mi propia vida. Permanecieron guardadas durante mucho tiempo —para que añejaran bien— porque fueron el telón de fondo de notas publicadas, de momentos inolvidables. En este libro cuento por primera vez anécdotas y situaciones que en su momento preferí preservar y hoy tienen otra trascendencia. En todos los casos estuve ahí, en las escenas que narro. En todos los hechos fui testigo, y a veces coprotagonista.

Dejar que las historias añejaran fue una apuesta profesional. Fui, durante varios años, coleccionando momentos públicos y situaciones íntimas con la seguridad de que llegaría el día en que serían parte de un saber colectivo. Sin cancerberos. Sin monitores. Sabiendo que la perspectiva del paso del tiempo cambia las cosas, nos vuelve más tolerantes. Hoy comparto estas historias al tiempo que las interpreto, convencido de que tienen el valor del testimonio en primera persona, y de que no afectan honores ni prestigios. Al contrario, tal vez ayuden a entender la psicología de un grupo de grandes artistas de la cultura contemporánea argentina.

La famosa trilogía de sexo, drogas y rock and roll como una utopía de vida al palo casi ha desaparecido, ahora que vamos por el cuarto lustro del siglo XXI. Esa utopía ha sido reemplazada por una trilogía en la que el rock parece más combinado con las redes sociales, las *selfies* y los espónsos que con un deseo transgresor de modificar el mundo heredado. La búsqueda de sabiduría y de experiencia a través de los meandros del exceso pasó de moda, y dejó secuela. Pudo haber sido hermosa mientras tuvo sentido.

El rock inicial se sentía contracultura. En la actualidad, en cambio, es cultura oficial en un mundo en el que la grabación de obras conceptuales se ha convertido en antigualla. Una

porción importante del rock de hoy se tutea con la moda, con la refinación tecnológica, con el diseño de vanguardia. No pretende patear el avispero sino adornar lo ya existente. En general, el espíritu romántico rebelde, anárquico, ha mutado hacia una actitud práctica, ante todo calculadora.

Observando el panorama con ojo crítico, la mayoría de los nuevos rockeros se conforman con ser prácticos, eficientes y funcionales. A veces pareciera que le alcanza con apenas gustar, sin transgredir la moral media, más bien confirmándola. Gestionan sin cuestionar ni cuestionarse.

No me refiero al espíritu, ni al fuego interior de muchísimas personas. Me refiero a lo que le pasó a un género nacional después de que los artistas sucumbieran a la tentación de ser parte de un negocio que terminó manejándolos. Esto no solo le sucedió a la música, sino que ocurrió también con muchas vanguardias. Con muchas personas que parecían comer a deshoras toda la carne cruda que encontrasen y hoy son vegetarianas. O incluso veganas. Por suerte, no son todas. Una vez, Charly García dijo: "Los autos descapotables de los empresarios de rock están tapizados con la piel de los músicos". Hacía falta una lucidez especial para decir esas cosas desde un lugar central del negocio musical.

Los relatos periodísticos de este libro, que se cruzan con una leve intención de ensayo, parten de anécdotas fuertes para intentar arribar a conclusiones que ayuden a comprender más la personalidad e intimidad de un puñado de héroes culturales argentinos de los últimos cuarenta años.

Juro que cuento la verdad, solamente la verdad y nada más que la verdad, con un cariño personal e intransferible por cada uno de los protagonistas.

No hay mayor virtud que la lealtad. Por lo tanto, publicar mis recuerdos con ellos representa un modo de volver colectivos estos apuntes, encuadres y vivencias regaladas por la suerte, por la vocación, por el azar, y por las ganas de estar en lugares donde ocurren cosas.

Los apuntes en libretas, las grabaciones en casetes y los cuadernos de transcripciones en los que están esbozadas estas historias me acompañaron durante varias mudanzas en cajas de cartón. Lo mismo sucedió con ciertas fotos, en general obsequiadas con afecto por los autores.

Hacer públicas estas películas nunca exhibidas en el pasado —las notas en los medios suelen ser polaroids— es una forma de exorcismo: varias de ellas han vuelto a mí en forma de sueños, a veces de pesadillas, o por relatos de terceros, ese boca a boca que en ocasiones se parece al chisme. Hay muchas otras guardadas tras treinta y cinco años largos ejerciendo el periodismo profesional (y vocacional). Ya habrá tiempo, y espacio, para desprenderme de ellas.

Escribir es consuelo, nada más cierto, pero al mismo tiempo es liberación. O sacarse de la mochila, para compartir con otros el peso de las historias que transcurrieron en tus narices y a veces suenan increíbles. Bienvenidos al pasado, amigos del futuro. A veces era una mierda, por momentos fascinaba, muchas veces aburría, pero nos construyó un mundo en que decidimos seguir viviendo.

**Carlos Polimeni, agosto de 2017.**



Gentileza autor. ©Carlos Roberto Bair

1. Charly García  
**EL DÍA QUE CHARLY SALTÓ**

Parecía un Cristo satánico, despatarrado y mórbido, en una cama extra grande de la que ocupaba apenas un cuarto de plaza, al medio. A su izquierda, cerca de su mano más hábil, tenía una bolsa repleta de polvo blanco. A la derecha, una bolsa más grande, como de supermercado chino, con un montón de porros armados y un encendedor rojo, que casi nunca lograba usar como Dios manda. Pero Dios estaba muy lejos esa madrugada, o demasiado ocupado en sus propios asuntos, y ocho horas después Charly García iba a saltar desde el último piso del Hotel Aconcagua de Mendoza. Me había elegido como testigo de un momento crucial de su vida. Me obligaba a preguntarle qué le pasaba regalándome una denuncia que, si el salto que planeaba salía mal, era lo más probable, se convertiría en testamento.

Unas pocas horas antes, yo era uno más de los miles de turistas que asistían a la edición del año 2000 de la Fiesta de la Vendimia. Invitado por el Gobierno de la Provincia, pensaba pasar tres días tranquilos en la ciudad que me vio nacer y crecer, en las calles donde las canciones de Charly se quedaron a vivir conmigo para siempre. Debo decir, antes de seguir, que amo sus canciones desde el primer año del secundario, que lo considero un Mozart del siglo XX y que estoy convencido de que su obra es un aporte central a la cultura popular argentina. Que siempre lo creí un Charlie Chaplin de la era de la lisergia, un crack. Cuando presentó en una serie de conciertos en el Gran Rex su disco *Parte de la religión*, la empresa organizadora me solicitó que escribiera el texto del programa que se entregaba a los espectadores. Luego supe que lo había pedido él mismo, como varios años antes había gestionado que fuese yo el conductor de un especial de televisión, emitido por América TV, que entonces era Canal 2. Hasta entonces, yo nunca había trabajado en televisión.

Hace veinte años firmé, en medio de una gran discusión pública sobre sus estados alterados, un texto que decía, entre otras cosas: *“En un mundo regido por apariencias, los clásicos —en literatura, en cine, en música, en pintura— arrastran consigo una condena: ser más conocidos que entendidos. Que es decir que la fama supera a la obra y esta se diluye, se incom-*

*prende, se sustantiviza. Charly García arrastra desde años el problema de haber compuesto grandes canciones populares, desde una visión "clásica", y la careta sociedad argentina — tanto parece, tanto mereces— ha hecho el resto. Es, como otros genios, más famoso que su obra. Y eso es un disparate. Como artista en colisión con el mundo material, García se ha encargado de alimentar la bestia de la fama, riéndose por dentro como quien da pistas falsas a un historiador. En eso, ha sido un consciente arquitecto de un mito, un blasfemo admirable, un piromaníaco de sí, que solo ha protegido, y cómo, lo que será su legado: un puñado amplio de discos únicos, de temas excepcionales. Si Vincent Van Gogh se hubiese cortado la oreja izquierda en la Argentina, hubiese sido "un pintor idiota que en un incomprensible arrebato de locura" se las arregló para salir en la primera página de los diarios. En los diarios se escribe más sobre la sordera de Beethoven que sobre la "Novena Sinfonía", más sobre la cotización de una obra de Goya que sobre Goya, más sobre el casamiento de Borges que sobre El Aleph".*

De regreso a la primera semana de marzo del 2000, el retorno al hotel de aquella madrugada habita en mi mente como el recuerdo de una película surrealista.

—Hace horas que Charly te busca —me espetó en el hall un músico de su banda.

Le habían asignado la tarea de esperarme. Estaba dispuesto a cumplirla como un soldado. La noche anterior Charly, con Mercedes Sosa como invitada, había liderado una ceremonia preciosa de música en el estadio de fútbol que fue sede local del Mundial 1978. El hotel de la arbolada calle San Lorenzo, que era escena de estos momentos ríspidos, había sido construido en la misma época para alojar a los visitantes internacionales que, durante la dictadura, eran tratados entre algodones (tenían que irse convencidos de que los argentinos gobernados por Jorge Rafael Videla eran derechos y humanos). Aquellos emprendedores hombres de verde oliva no se andaban con chiquitas: como afeaba la vista en el camino hacia el esta-

dio, eliminaron el problema visual que representaba la mayor villa miseria de la provincia tapándola con un muro gigantesco.

Todo tiene que ver con todo, decía un profeta televisivo argentino.

En esas setenta y dos horas inolvidables para los participantes, veintidós largos años después del Mundial 78, las cosas se habían desmadrado en la madrugada anterior, a la hora de las brujas.

—¿Para qué me busca? —le pregunté al despeinado músico.

—Para que le hagas una nota, urgente —respondió.

Sin suponer siquiera cómo Charly sabía que estábamos alojados en el mismo hotel, argumenté que estaba de paseo, disfrutando de unas mini vacaciones bien ganadas, que era hora de descansar, etc. Insistió como si en ello le fuese la vida, o el trabajo.

—Mirá que no soy empleado de Charly —le dije cuando la insistencia ya era mayúscula.

—Pero yo sí —replicó.

—Subo a su habitación —concedí—. Pero te aclaro que no tengo grabador, ni siquiera una libreta de apuntes.

—No te preocupes, arriba tiene de todo.

No exageraba.

Allá arriba, Charly estaba en llamas en un extraño *penthouse* en el que el resto del tiempo pasaba tramos de su vida la hija adolescente del dueño del hotel. Los encargados del Aconcagua le habían dejado al huésped más famoso, a la estrella de rock, las mayores comodidades posibles, en una zona vedada a los huéspedes comunes. Es normal que los dueños de un hotel tengan habitaciones propias fuera del alcance de los clientes. En ese momento, eso era lo único normal que sucedía en aquel lugar. Eran más de las dos de la mañana, el día

había sido para el grupo una auténtica pesadilla, y el jefe estaba obligado a permanecer allí por orden judicial. Aquel semi-piso tenía, al ingresar, un living con mobiliario convencional, un ambiente alargadito que hacía las veces de cocina con desayunador y heladera, y una amplia habitación personalizada, con una cama que parecía una nave. Al fondo, una ventana-balcón se asomaba unos veinte metros arriba de la pileta, ubicada a la altura del segundo piso. El músico había redecorado las paredes claras con su habitual pericia para el uso de aerosoles.

El grabador y el casete esperaban al periodista en manos de los fieles soldados del veterano de las mil batallas, comandados por el baterista Mario Serra. Todos estaban flacos y pasados, eran como tigres enjaulados y furiosos, piratas después de un abordaje fallido. Habían pedido un *delivery* de chicas para bajar las urgencias de las testosteronas, pero tardaban en llegar. Cuando lo hicieron, Mario golpeó la puerta de la habitación y comunicó, prudente:

—Llegaron las primas, Charly.

—Que las primas esperen —respondió el Jefe.

—No sabía que tenías primas en Mendoza —observé, más Heidi que nunca en mi vida.

—Son... otro tipo de primas —aclaró el flaquéisimo Charly, con su habitual presteza mental de entonces.

En aquel contexto, bastante bizarro, el mito del rock daba miedo pero también generaba piedad. Una vez más, los acontecimientos se habían sucedido con la velocidad de los accidentes de avión. Después de haber tocado para una multitud en el Estadio Mundialista, cerca del Zoológico y de El Cerro de La Gloria, García y sus músicos de habían desparramado por la noche del centro de la ciudad. María Gabriela Epumer, su guitarrista, me encontró comiendo con amigos a la una de la mañana, en un negocio con mesas en las veredas anchas de la calle San Martín, y se quedó encantada con el clima y la calidez de la gente. Estuvimos conversando hasta las tres, y todo tenía

la apariencia del orden perfecto. A esa hora, relajado y gentil, el Jefe tocaba el piano en un pub a dos cuadras de allí, para un público reducido que no podía creer lo que ocurría. Incluso cantaba, aunque estaba ronco, canciones muy viejas de Sui Generis a pedido de los noctámbulos. Muchas veces después de la adrenalina de los grandes conciertos, los músicos de rock buscan bajar sus decibeles internos refugiándose en lugares pequeños para tocar. Epumer, que moriría a los treinta y nueve años treinta y nueve meses más tarde, presenció con cierto asombro el apacible final de ese segundo recital, surgido de una invitación casual.

Pero cuando llegó la hora de la retirada general —no restaba tanto para la salida del sol— algo raro pasó. Una mujer agredió a Charly, tirándole un vaso de whisky en la cara, tras reclamarle de malos modos no haberla complacido en un pedido. Él la ignoró, después de mirarla con odio. El hombre que la acompañaba se levantó, para intentar cortar la retirada de los foráneos. Alguien del entorno del músico creyó que solucionaría el embrollo atacando a los desubicados con una silla. La mayoría de los presentes había tomado de más (la noche profunda rara vez es abstemia). García y Epumer tenían manchas de sangre en el rostro cuando lograron mirarse al espejo, más tarde. El que pegó el sillazo estaba arrepentido de su impulsividad.

El incidente duró pocos pero intensos minutos. La delegación artística marchó rumbo al hotel en combi, la pareja buscó la comisaría más cercana. Desde un cuarto de siglo antes, la policía mendocina vs. García era un clásico zonal más que notable. A las ocho de la mañana siguiente, sin haber dormido, Charly fue trasladado por la fuerza a un juzgado y de ahí a... ¡la Penitenciaría Provincial! Lo llevaban para notificarle la existencia de una causa por una denuncia en su contra, acusado de abuso deshonesto y lesiones leves. "Cómo voy a acosar a una mujer fea y gorda como un hipopótamo", le dijo al juez Gonzalo Guiñazú.

No era la primera ni sería la última oportunidad en la que a Charly lo detenían en la provincia que compite con Salta por el

espíritu más conservador de la Argentina. Era como si hubiesen estado esperando el menor incidente para proceder de acuerdo a una rutina pre-establecida. El comisario a cargo intentó que García hiciera el trámite normal de identificación, pintándole los dedos para tomarle las huellas digitales. García protestó: no hacía falta porque su identidad estaba clara. “Eso lo decido yo”, le boqueó el comisario. “Para mí, usted es un ciudadano más, una persona común y corriente”. García hirvió: “Yo no soy igual al resto, yo soy un genio”, le escupió. “Genio o no, usted es un ciudadano como el resto”, insistió el uniformado, poco acostumbrado a los desplantes. Hubo un forcejeo. “Basta, locos, no le voy a tocar el pianito a este  *fucking*  remedo de justicia, voy a guardar mis deditos para tocar mi Sinfonía en el Colón”, gritó el músico.

## “Yo no soy igual al resto, yo soy un genio”

Ninguna de esas palabras sirvió. De hecho, lo humillaron todo lo que pudieron antes de llevarlo de vuelta al hotel en medio de un operativo ruidoso y exagerado. Los móviles de los canales locales parecían un enjambre de abejas cebadas en el camino de regreso a un hotel que ahora se le antojaba como sucursal de la cárcel. En la Penitenciaría de la que venía, los presos le habían gritado casi que a coro “aguante Charly”, asombrados de tener una compañía tan poco usual para ellos. Pero Charly no aguantaba más que lo trataran como un delincuente, en todo caso sin reconocerle la fama que lo acompañó siempre, desde los veinte años. Lo del Colón, que por entonces era un boceto, se convertiría en realidad muchos años más tarde, pero era una idea fija del por entonces influyente Darío Lopérfido. Que, por entonces, era el novio de la guitarrista de la banda.

Hasta el comienzo del siglo XXI, García había tenido por lo menos dos incidentes graves en la ciudad cuya opinión pública estaba ahora crispada al máximo. Tendría un cuarto, tristemente célebre, en el principio de sus actuales penurias de salud, en el año 2008, cuando otra vez destruyó habitaciones,